

PEDRO ANTONIO URBINA

El 31 de julio de 2008 murió **Pedro Antonio Urbina**, hombre de letras, novelista visionario, teólogo, poeta y crítico de cine. Fue un hombre caleidoscópico al que la crítica no prestó, quizá, toda la atención que merecía. Tal vez esto sea fruto de la dificultad para encajarle en un marbete concreto, o del desinterés que mostró siempre por las tendencias y modas.

ROCÍO ARANA



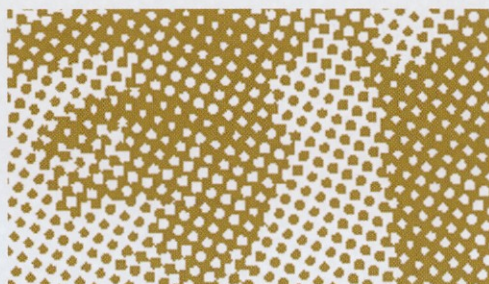
NATURAL DE LLUCMAJOR, en Mallorca, doctor en Derecho y en Filosofía, algunos lo conocimos como el hombre que tradujo las *Confesiones* de **San Agustín**, ese libro imprescindible. Otros elegirían hablar del **Urbina** futurista, experimental, que en sus novelas investiga cauces nuevos de expresión para transmitir lo que nunca cambia, lo radical, lo que va a la raíz del ser humano. Muchos destacarían su labor como crítico, no solo de cine: su faceta de intelectual que promueve tertulias en su apartamento, donde se discute apasionadamente sobre el arte y la literatura. Donde se habla de belleza.

Cuando digo que **Pedro Antonio** era hombre de letras, lo digo en el sentido que daban a esta expresión los renacentistas: quiso cultivar todos los géneros literarios e indagar en todas las expresiones artísticas porque nada propio del arte le era ajeno. Era un hombre que amaba el arte, y amar es la mejor manera de conocer. Esta idea, que todos podemos intuir como en nebulosa, **Urbina** la reflejó de un solo trazo en la primera frase de *Filocalía*:

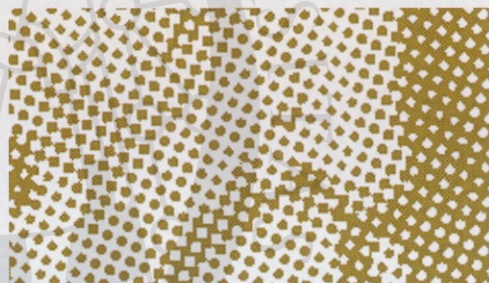
“Hablar con un amigo, si realmente hay conversación, exige pensar en él amándolo.”

De su labor como ensayista, novelista o poeta se podría hablar, más o menos subjetivamente, pero lo que nadie podrá negar es que, en todas sus facetas, **Pedro Antonio Urbina** fue un hombre apasionado por el conocimiento de Dios y del hombre y, como algo que se deduce de ambos conocimientos, el de la belleza. Buscar la belleza supone pensar en todas las cosas con un profundo amor, exento de sentimentalismos y articulado por una fuerza ascendente que nutre una vida, y por tanto una obra.

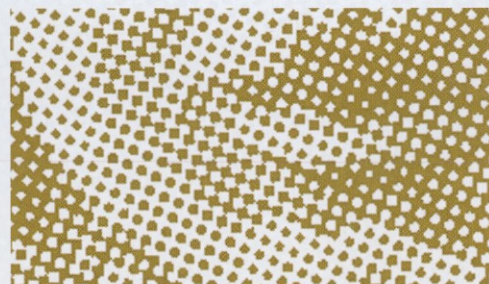
Su obra narrativa consiste, como reza su página web, en el análisis crítico de la realidad y el reflejo de las frustraciones, soledad y desvalimiento del ser humano, que dejan paso con frecuencia a las reflexiones trascendentes y a las propuestas sociales utópicas. **Urbina** tiene en su haber novelas como *Cena desnuda* (1967), *Días en la playa* (1969), *Gorrión solitario en el tejado* (1972), *Pisadas de gaviota sobre la arena* (1979)



P. A. Urbina fue un hombre apasionado por el conocimiento de Dios y del hombre, y como algo que se deduce de ambos, de la belleza



Su poesía sorprende por ser en cierta manera contradictoria: muy bella y a la vez muy sobria, llena de puntos suspensivos y a la vez recia



y *Mnemósine está en la galería* (1991). **Francisco Andrés del Pozo** afirma que la novela de **Urbina**, como su poesía, es otra manera de poetizar y reflexionar sobre la realidad, y piensa que una obra como *Gorrión solitario en el tejado* resume y sintetiza lo mejor de la novela experimental de los años setenta: la ruptura de la linealidad argumental, la visión caleidoscópica del personaje, la destrucción del tiempo y el espacio tradicionales, la variedad de puntos de vista y los juegos con el lenguaje.

Su obra ensayística recorre diversos campos, conjuga la estética con la teología o apunta nuevas pistas para entender la poesía de **Juan Ramón Jiménez**. En el prólogo de *Filocalia*, **Millán Puelles** ha sabido ver una cuestión clave no sólo de este ensayo, sino también de toda la obra poética de **Pedro Antonio Urbina**:

“Tal como la concibe el autor de este ensayo, la belleza es efecto, siempre, del hacer del artista (un hacer en el que también este se hace). ¿Qué pasa entonces con la “belleza natural”? (...) Por lo que cabe inferir del contexto, bien se puede decir que la respuesta consistiría en mantener que también la belleza natural presupone un artista, y que este lo es Dios”.

He querido citar este párrafo porque, precisamente, me voy a detener en la obra poética de **Pedro Antonio Urbina**: en concreto, en el que considero su mejor poemario: *Estaciones cotidianas* (Madrid, Adonais, 1984.) Su poesía sorprende por ser en cierta manera contradictoria: muy bella y a la vez muy sobria, llena de puntos suspensivos y a la vez recia, exenta de vaguedad o cursilería. Carece también de juegos intertextuales o guiños culturalistas: esta ausencia confiere al poemario un aura de atemporalidad. Podría haber sido escrito en el primer día de la creación. Por eso el poeta parece asombrarse: la de **Pedro Antonio Urbina** es una poética de la mirada. Escribir es mirar lo que otros no ven; contemplar, asombrarse y poder contarlo, en definitiva, compartir la “mirada del artista” con el lector. Esto es lo que hace **Urbina** con toques de levedad y delicadeza que le llegan

a convertir en aforista:

*“Cuando el sol da en las hojas son joyas”
“El amor de los árboles no teme al frío”.*

No solo contemplan la naturaleza estos poemas, sino que miran más allá. Los versos de **Pedro Antonio Urbina** están traspasados por un amor trascendente que, como en **Santo Tomás de Aquino**, reconoce en las cosas vivas la prueba más evidente de ese amor oculto.

*“No cierres la ventana: en el aire viene, silente,
áspero y dulce, el que te ama.
Son átomos de lluvia esa alegría,
es la fiesta ese blanco de la nube
que en la flor también blanca se repite”.*

En este contexto encajan perfectamente los puntos suspensivos, no como cursilería de romántico arrobado, sino como un lúcido instrumento para expresar lo inefable y dejar caminos abiertos al lector. En algunos momentos **Urbina** recuerda, un poco más íntimo y menos exuberante, al **Chesterton** que escribió:

*“Y los planetas y los soles del
silencio sideral
para mí son los brillos de un instante:
el fuego artificial
que va lanzando Dios en esta loca
noche de carnaval”.*

(Traducción de **E. García Máiquez**)

Esta noche de carnaval, esta fiesta blanca de la lluvia, queda apresada en los versos con una musicalidad que le es propia. La música de **Pedro Antonio**, onírica y susurrante, dispuesta en ocasiones en endecasílabos, refleja bien el desorden lírico que caracteriza sus poemas.

Una visión trascendente de la vida no es obligatoriamente un seguro de felicidad para un poeta. Pero a veces coinciden los milagros o, mejor dicho, las paradojas se convierten en milagros. **Pedro Antonio Urbina**, el hombre de acción, encontró tiempo para mirar las cosas que le rodeaban y descubrir en ellas las manos de lluvia que mueven la música del mundo. ■